

# A corazón abierto

---

Mayda Royero

Para Alfonso Pérez,  
soñador de estrellas,  
que me legó un don.

M.R.

*“¡Qué revuelo!  
Aire, que al toro torillo  
le pica el pájaro pillo  
que no pone el pie en el suelo.  
¡Qué revuelo!”*

RAFAEL ALBERTI

---

**L**O PRIMERO FUE HALLAR, TIRADO POR AHÍ, UN LIBRO QUE ALGUIEN PERDIÓ EN LA retirada o quién sabe si lo abandonó ex profeso. La poesía es tan tremolona que huelgan los comentarios cuando a la imaginación le da por calaveradas.

Olvido o desecho, pérdida irreparable para el propietario o consecuencia de limpieza general, de esas enloquecidas en que se botan cosas que después se lamentan, lo cierto es que –¿casualmente?– cayó en mis manos el tomito precioso y aquello fue la burla y el jolgorio y a emular a ver quién decía el trabalengua más incomprensible. Tanto era el asombro. ¡Qué revuelo!

El diablo hocicudo,  
ojipelambrudo,  
cornicapricudo  
y rabudo,  
zorrea,  
pajarea,  
mosquiconejea...

“Mosquicojonea” dije yo, primero por equivocación, luego adrede. Mi madre, la mano en la espumadera, la espumadera en el sartén, el sartén repleto de boniatos en manteca hirviente, se volvió hacia mí con unos ojazoos...

humea,  
ventea,  
peditrompetea  
por un embudo.

Recitaba yo muerta de risa revoloteando alrededor de ella, que a duras penas lograba concentrarse en su trabajo.

— ¿Y eso qué es? —me preguntó.

— Yo qué sé.

Y a descoyuntarnos con aquel rosario de palabras que más gracia nos causaban cuanto más obscenas nos parecían.

— ¿De dónde sacaste esa disparatería? —poseía ciertas dificultades para crear neologismos.

— Me lo encontré mientras ordenaba los tarecos.

Acabábamos de mudarnos para una casa de listoncillos verdes, rodeada de mangos y zapotes que, en plena fructificación, encantaban de aromas el entorno.

— ¡Válgame Dios! —murmuró meneando la cabeza.

Se quedó pensativa y al rato dijo con una sonrisilla no exenta de malicia:

— Me recuerda los cuentos de Quevedo y las adivinanzas que hacen los guajiros en el campo. Leí la portada y le rectificué:

— Nada de Quevedo. Es Rafael Alberti.

— Alberti..., Alberti... —frunció el ceño haciendo memoria—. ¿Ése no es un cantante de ópera?

Me encogí de hombros en señal de ignorancia.

— Aquí dice *A la pintura*, poesías de Rafael Alberti.

— ¡Bah!, si eso es poesía, también lo es:

En Cacarajícara  
había una jícara  
muy bien encascarajicarada  
y el que la desencascarajíquere  
buen desencascarajicarador  
de jícaras será.

Y de nuevo las dos a las carcajadas hasta las lágrimas. Recuperada del ataque de risa, mi madre, mirándome seria, dijo misteriosa:

— ¿No será ese libro de algún perverso, de esos tipos que les gusta leer poemitas de relajo?

En franca disposición de aturdira, le contesté con una seguidilla capaz de hacer saltar en pedazos el más exacto velocímetro:

Amar y danzar,  
beber y saltar,  
cantar y reír,

oler y tocar,  
comer, fornicar...

Oh no, ya esto era demasiado. Aquí sí no aguantó más y trató de arrebatarme el libro de las manos.

— Déjame, déjame terminar, mami –le supliqué–, tú verás, ahora viene lo bueno.

— ¡No digo yo! Después de fornicar todo lo que venga es poco.

... Comer, fornicar,  
dormir y dormir,  
llorar y llorar...

— ¡¿Llorar?! Seguro que va a llorar si lo agarro, a él y a todos los que escriben tamañas suciedades.

Ya no se entendía nada. Ella en su perorata doctrinaria y yo sin cesar con voz de pito, bufonesca, el libro en alto para que no lo alcanzara y correteando por la cocina, persistía en mi juego.

Mandroque, mandroque,  
diablo palitroque.

¡Pío, pío, pío!

Cabalgo y me río,  
me monto en un gallo  
y en un puercoespín,  
en burro, en caballo,  
en camello, en oso,  
en rana, en raposo  
y en un cornetín.

— ¿Y ese *poeta* de dónde salió?

El sarcasmo con que pronunció *poeta* habría sido capaz de matar al más maldito de los poetas que se haya ufanado de sarcastear la poesía (a la sulsa usanza, se entiende).

— De España –leí en la solapa.

— ¿De España?

Le reafirmé con la cabeza. Al no quedarle otra alternativa, soltó, como acostumbraba, lo primero que se le ocurrió:

— ¡Olé su madre!

Y era Troya ardiendo cuando la dejaba exhausta, a punto de que se le carbonizaran los boniatos, que de vez en cuando yo cogía y rápido, sin darle tiempo a la réplica, le introducía en la boca. Ella, sin poder hablar ni masticar ni tragar, me amenazaba hecha un furor con hipo. Yo, jocosa, la desconcertaba con el delirio de El Bosco, cómplice mío en la mortificación gracias a las resonantes metáforas de Alberti. “El Bosco”, título del poema. Rafael Alberti, el autor. ¿Qué me importaban esos desconocidos? Lo único que me interesaba

era armar bullaranga, y más propicia la ocasión no podía presentarse. Bullaranga las sucesiones de imágenes enloquecedoras mezcladas con emanaciones mantecosas y fragancia de mangos y zapotes en su apogeo. Bullaranga mi algazara y el empecinamiento de mi madre en negar que también disfrutaba. Mientras mayor su demostración de enojo, mayor mi embestida.

Verijo, verijo,  
diablo garavijo.  
¡Amor hortelano,  
desnudo, oh verano!  
Jardín del Amor.  
En un pie el manzano  
y en cuatro la flor.

— ¡¿En cuatro qué?!  
Sin hacerle caso, seguí en la lectura.

Y sus amadores,  
céfiros y flores  
y aves por el ano.

— ¿Qué dijiste?  
— Lo que oíste –le respondí en el mismo tono.  
— Calla, calla esa boca, cierra ese libro o si no...  
— ¿Qué...?  
— Jum... Aves por el ano... –masculló—. Vaya fantasía desvergonzada. Ojalá lo pique una por ahí mismo.  
Ya estábamos al todo o nada.

Virojo, virojo,  
diablo trampantojo.  
El diablo liebre  
tiebre  
notiebre  
sipilipitiebre  
y su comitiva  
chiva  
estiva  
sipilipitriwa.

— Jeringa la jerigonza con su jerigoncería –dijo harta, no verdaderamente porque le molestara la jerigoncería, sino por su imposibilidad de igualarme.

El beleño,  
el sueño,

el impuro  
 oscuro  
 seguro  
 botín,  
 el llanto,  
 el espanto  
 y el diente  
 crujiente  
 sin  
 fin.

— ¡El ajo! ¡El ajo! –gritó entusiasmada.

Negué con la cabeza sonriendo de mi triunfo.

— Pero si está clarísimo: “diente crujiente”, el ajo.

— No es una adivinanza, es un poema.

Algo tan estrambótico, nunca visto ni oído (me confesó tiempo después) era como para descalabrar a cualquiera.

No era la primera vez que jugábamos a las adivinanzas y los trabalenguas, y ella siempre había salido victoriosa con sus dicharachos campesinos. Ahora yo estaba rebasando su agudeza y tal hazaña –para mí lo era– la sacaba de quicio. Defendiéndose como gato bocarriba me ripostó:

— Chi-e-chi-se-chi-hi-chi-jo-chi-de-chi-la-chi-gran-chi-pros-chi-ti-chi-tu-chi-ta-chi-que-chi-re-chi-te-chi-ner-chi-con-chi-mi-chi-go-chi-u-chi-na-chi-gran-chi-dis-chi-pu-chi-ta.

Estimulada por el campeonato de la sin hueso, continué bombardéandola cada vez más rápido. Quien primero se enredase o se quedase callada, perdía. Y no me había criado ella para perdedora. Tampoco se hallaba, por su parte, en disposición de darse por vencida, así que como dos urracas parlanchinas estaríamos en contienda hasta que el manco echara dedos.

De la cocina saltó el libro al Instituto, donde, por considerarlo de relajó (influencia de quien puede suponerse), nos lo pasábamos de mano en mano, a escondidas, regodeándonos con lo prohibido. A cual más atrevida, intercambiábamos a tontas y a locas en nuestras conversaciones cotidianas cualquier estrofa ya familiar sin objetivo preciso, quizás sólo por hacernos las desmesuradas. Y pobre de la que titubeara: como castigo, busqué una frase más enrevesada. La apoteosis era en la clase de Anatomía. La profesora hablaba de los parásitos intestinales, y tras mirarnos en silencio, alguna del clan movía los labios sin emitir sonido:

Barrigas, narices  
 lagartos, lombrices,  
 delfines volantes,  
 orejas rodantes,  
 ojos boquiabiertos,  
 escobas perdidas,  
 barcas aturdidas,

vómitos, heridas,  
muertos.

Si escuchábamos una conferencia sobre la debida higiene al manipular los alimentos o del funcionamiento de los órganos internos, de inmediato bailaban en el aire los mudos estertores:

Predica, predica,  
diablo pilindrica.  
Saltan escaleras,  
corren tapaderas,  
revientan calderas.  
En los orinales  
letales, mortales,  
los más infernales  
pingajos, zancajos  
finales.

Ya ver quién lo decía más veloz y sin equivocarse y, sobre todo, sin que se enterasen los catedráticos de nuestras ordinarièces, que en ocasiones nos ruborizaban. Llevadas y traídas por caminos de inusitados deslenguamientos, nos refocilábamos musitando lo que creíamos descaradas indecencias. ¡Qué delicia desparramar infiernos sin que nada ni nadie pudiera impedirnoslo! Diablillos al combate, no existía placer mayor que disparar pecados lenguaraces a la disciplina y la cordura. Cruel decepción si alguien nos hubiese dicho que aquel libro (supuestamente de versos depravados) era una obra maestra de la literatura universal. Por fortuna, bien resguardado manteníamos el chanchullo clandestino.

Sólo en la cocina de listoncillos verdes la magia era un estado perpetuo; los retozos con la agilidad mental, un trueno accesible. Fuera de aquel espacio de hechizo todo era vedado y estrecho, rígidas normas que debían respetarse por encima de cualquier espontaneísmo, síntoma esto último de violación a las buenas costumbres. Contra esa veda y estrechez reaccionábamos las adolescentes con el agazapado irrespeto que nos hacía sentirnos las rebeldes por excelencia de nuestra generación. El Bosco, Alberti, el surrealismo nos alentaban a estrujar lo almidonado con sinrazones de múltiples sentidos que para nuestras mocedades eran exclusivamente uno: lo morbosos por ininteligible.

Picada por la curiosidad, indago en el barrio sobre los antiguos residentes de mi casa.

- Un viejo que estaba medio loco —me dice un niño montado en carriola.
- Uno de esos de amor al arte —me dice el bodeguero.
- Un pintor que adoraba el mar —me dice una viejita linda, y añade muy amable—: Tengo una “Marina” de él, entra a verla.

Me lleva al comedor. Aquí me muestra el cuadro. Un barquito perdido en la inmensidad del océano —un océano azul, transparente, que en la lejanía se

confunde con el cielo— navega tranquilo hacia lo desconocido. La viejita linda me ofrece una lupa para que me fije bien en cada detalle. Tanta minuciosidad me parece inútil, pero su insistencia me obliga a detenerme en la más mínima gota de agua dibujada en el lienzo.

— ¿Ves? —me pregunta.

— ¿Qué?

— Lo que cae al mar.

Con los cinco sentidos erizados, me desvelo buscando. Descubro una figura pequeñísima lanzándose entre las olas, como una flecha. Todavía no ha caído, pero en cualquier momento...

— Ah, sí... —dudo un poco—. ¿Un diablillo cayendo del cielo?

— Si eso es lo que te sugiere.

— Un diablillo, sí —hablo ahora con firmeza y seguridad—. Un diablillo hoci-cudo, ojipelambrudo...

Silencio abrupto. Cierro mi boca imprudente, horrorizada de que la viejita linda tome como insulto la obsesión del libro grabado en mí como un tatuaje.

— El diablo hoci-cudo, ojipelambrudo, cornicapricudo y rabudo, zorrea, pajarea, mosquiconejea, humea, venta, peditrompetea por un embudo —termina con absoluta naturalidad, sin pena ni ocultismos, mi frase interrumpida.

Me paraliza helada. Pero, ¿cómo será esta viejita tan fina una orejipeluda sipilipitriva? (Así nos nombrábamos las integrantes del clan.)

— Sabía muchas cosas —habla del pintor—. Conocía los nombres de las estrellas, de los astros, de las constelaciones... Y predecía, antes de escuchar el parte meteorológico, si al día siguiente llovería o si habría un cielo despejado.

Del azogue de los versos cómicos y desvergonzados a esta paz nostálgica transcurren mil años-luz. Me voy enamorando. ¿Del cuadro? ¿Del diablillo? ¿De la vieja linda? Ya recordaría esta sensación hipnótica en otros instantes de enamoramientos fugaces, de enamoramientos eternos.

— “Tormenta céfira”, me decía sonriendo a veces —sigue hablando del pintor— y con sólo eso yo adivinaba que saldría el arcoiris después del aguacero. Y así mismo era. Ay, niña, para qué contarte: un sabio, un loco imaginario o un poeta. Más o menos lo mismo, ¿verdad?

Me deslizo en otra galaxia. Soy el barquito navegando hacia lo desconocido.

— Se pasaba la vida pintando sus “Marinas” —sigue hablando del pintor—, en las que siempre introducía un pequeño toque surrealista.

Surrealista..., surrealista..., ¿dónde he visto esa palabra? ¡Ah, sí, ya sé!, Dalí, el loco ese que sale casi todos los días en el periódico cada vez con una mueca distinta. ¿Surrealista querrá decir hacer muecas, tener bigotes largos? ¿Le pregunto a la viejita linda? Mejor me callo no vaya a meter la pata.

— ¿Surrealista..., y eso qué es?

Bah, lengua mía, me vas a matar.

— Todo lo que creas que pueda ser —me dice en tono un poquito picaresco.

Debe de haber notado mi expresión de cara en la luna, porque al momento agrega:

— Aunque los demás no lo crean o no lo entiendan.

Escasa la información, no entiendo ni pienso, me embriago. Me invade un impulso irracional de conocer al pintor para preguntarle qué significan aquellas anotaciones al margen que llenan el tomito trastornador: “Goya el maestro”, “aliteración”, “influencia de Góngora” y otras más complejas que ni por asomo alcanzo a discernir. ¿Quién es Goya, y maestro de qué? De Góngora lo único que conozco es *Poderoso caballero*. ¿Qué relación guardan estas acotaciones con lo que nos desternillaba de risa?

— ¿Cómo se llega a los poetas? —se me escapa el pensamiento.

— Vienen a ti, no te preocupes, basta con un corazón receptivo.

¿Tendría yo...? ¿Cómo saberlo? ¿Qué hay que hacer? Si pudiera ver al que me legó, bienvenida inolvidable, aquel libro extraño, si viniera a mí... Iré yo a él.

— ¿Dónde vivirá ahora? —pregunto señalando al cuadro.

Ella, por supuesto, sabe a quién me refiero. ¿Quién otro si no?

— Aquí —me dice con su mano en el pecho.

Estudiante universitaria, voy trastabillando de la ignorancia a la sabiduría como una yegua bárbara que no encuentra su doma. En vorágine de gayería descubro que Rafael Alberti vive todavía, escribe todavía, sorpresa incommensurable para quien considera difuntos a todos los escritores analizados en las aulas.

Solemne y circunspecta, cual corresponde a una futura licenciada en artes y letras, me sumerjo de cabeza en el pozo de la sabiduría con la esperanza de que sus aguas laven mis errores, orienten mi senda, ahuyenten mis desfachateces. ¿Por dónde andaré ahora mi pecado de adolescencia?, me preguntaba hierática en la biblioteca —búsqueda infinita de saciar avideces perennemente insatisfechas—. A menudo había desaparecido el tomito trastornador para luego, en el momento más inesperado, asomar su cornicapricuda solapa y sus hojas al punto del vuelo, debajo de la cama, dentro de la nevera o en un nido de gorriónes. Pero ya era hora de tomar en serio la literatura. No más niñadas. Pretendiendo librarme de las bellaquerías (de este modo llamaba mi madre al comportamiento mío a propósito de lo ya sabido) que me abochornaban sólo de pensarlo, hago lo posible por colocarme al nivel de mis eruditos compañeros; disimulo mi ayuno en las doctas cuestiones que todos menos yo manejan a la perfección; me esfuerzo en despojarme de las necedades que a nadie cuento por temor al abucheo. (Por otra parte, ¿a quién le interesarían los refranes villorroneros de una cocinera y las bromas de una jovencueta bromista?) Me dirijo, en fin, al sacerdocio victimario que sacrifica la franqueza en aras de lo estricto. En penitencia por haberlo hecho blanco de mis burlas, me castigo asumiendo empaque de madurez y profundidad. Lo momífico (creo que eso es rigor); lo encasillo en la generación del 27 (creo que eso es orden); incluso, bandera roja en alto, no dudo en convertirlo en líder proletario (creo que eso es ideología —y de la buena!—). He dejado de ser la chiquilla traviesa para metamorfosearme en una codificadora de temas y personajes célebres.

Hecha el buen sentido en dos pies, obtengo el certificado de estudios que anuncia a los cuatro vientos mi sapiencia y exacerba mi orgullo. Pobre veleta



de la rosa perdida, no porque hayan sido inútiles las enseñanzas académicas, sino por el esqueletismo en que yo había enclaustrado sus lecciones.

Transcurridos muchos años desde aquellas aventuras en la cocina de listoncillos verdes, me apresuro hacia el cantor que desafió las prudencias maternales. Cajones a medio abrir, bultos de ropa y cacharros ni se sabe por dónde –a causa de una reciente mudanza (¡otra más!)– son, junto con el nuevo hogar, abandonados para ir al encuentro del que una vez supuse muerto y hoy se presenta en cuerpo y alma lejos de donde resido. Transporte difícil, calor sofocante, gentío y resolana, barahúnda tropical en que a duras penas me desenvuelvo, se confabulan en mi contra. Y cuando lo imposible se hace realidad, ni pensar en las primeras filas. Pero tengo que verlo, sentirlo... ¿Tal vez para hacer receptivo al corazón? Poeta, ven a mí, te he buscado durante tanto tiempo. Palpitan estrepitosas mis venas asida de la farola donde me he encarado para contemplarlo en todo su esplendor.

Aire, que al toro torillo  
le pica el pájaro pillo  
que no pone el pie en el suelo.

Estupefacta, no salgo de mi asombro. Él lee que lee sus poemas y –¡milagro de locas ilusiones!– más se asemeja a una orejipeluda sipilipitriva que a la idea que de los escritores dan las enciclopedias.

Por las calles, ¿quién aquél?  
¡El tonto de Rafael!  
Tonto llovido del cielo,  
del limbo, sin un ochavo,  
mal pollito, colipavo,  
sin plumas, digo, sin pelo.  
¡Pío-pic!, pica al vuelo  
todos le pican a él.

Y yo a estas alturas todavía figurándome que iba a toparme con una de las momias creadas en mi etapa de leída y escrita. (Señal de mi demorada cerrazón.) Héme aquí ante el buen humor y el entusiasmo desatados a la brisa de la bahía habanera, con sus poemas repartidos aquí y allá, siempre conquistadores y desbordando juventud. Madre mía, si vieras al que te recordaba las coplas de los guajiros en el campo, al que sobrepasó tu jactancia de dicharachera y exaltó mi curiosidad... Ah, si yo tuviese un corazón lúcido para interpretar los mensajes de esos locos imaginarios que, con más frecuencia de la merecida por mi torpeza, me han soplado palabras que no he sabido escuchar. Igual que los mangos y zapotes en plena fructificación, su voz encanta el entorno. Su decir despejado me conduce a la cocina de listoncillos verdes, donde tan cerca lo tuve. Sus maneras ufanas me llevan al comedor de la viejita linda,

donde por vez primera presentí lo que es enamorarse. Derribando valladares, salto al pasado. No las nostalgias plañideras, no, nublan mis sentidos, al contrario, la mirada atrás enriquece mi presente, aclara el futuro, obra el prodigio de intimarme con el legado de los antecesores. Las alucinaciones bosquianas, los caprichos goyescos, los refranes villorberos de mi madre, las “Marinas” con su pequeño toque surrealista, los tropos albertianos se funden en un estampido que deshiela mis incomprendimientos. Paso por la misma hipnosis que frente al cuadro. Me enamoro, me enamoro. Soy el barquito navegando hacia lo desconocido, soy el diablillo lanzándose al mar. Arrímate a mis ansias, glorioso fulgor, restablece el desequilibrio que levanta el ánimo y destupe las entendederas. Viene hacia mí el que seguro se contentaría de oír sus versos esparcidos sin tapujos, a sabiendas de que es mucha la inocencia necesaria para comunicarse con los profetas; mucho el valor (lo otorga la gracia virginal) para ubicarse en el universo de los iluminados. No es sólo el “tonto llovido del cielo” –azar dichoso– lo que me abre el corazón, son además las miles de vivencias sufridas o gozadas las que a mandarrazos me destrozan el pecho y conmocionan mi espíritu, dueño por fin de un camino hasta entonces sembrado de trampas invisibles. Desbrozo la hojarasca y me quedo con la independencia reclamada por la poesía para aprehenderla sana y salva. Ningún pozo de ciencia bañará con su fluido a quien no es capaz de darle vuelta a la noria.

Sofocada, regreso a la casa, casa aún sin estrenar, aún con los muebles casi patas arriba y las ropas y los cacharros no se sabe ni dónde. Trajinada por el viaje (odisea inenarrable) y la batalla de conseguir su libro y su autógrafo –tesoros invaluable logrados a empujones, codazos, cabezazos y una obstinación más grande que las fuerzas de seguridad que lo custodiaban (tanto era el tumulto)–, me paro en la puerta abierta sin secarme el sudor. Encuentro a mi madre –la nieta en su regazo– leyendo en voz alta un libro estropeado por el uso, de cornicapricuda solapa y las hojas al punto del vuelo. Embelesadas, somos todo oídos la pequeña y yo atentas a mi madre, que no se cansa de repetir:

¡Pío, pío, pío!  
 Cabalgo y me río,  
 me monto en un gallo  
 y en un puercoespín...

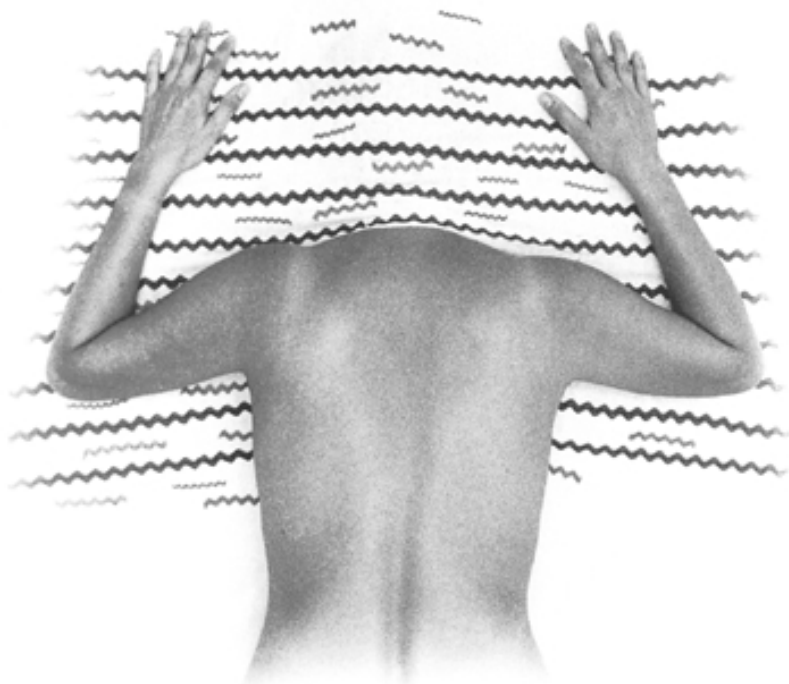
¿Lo creo o no? ¿Será el eco de las ensoñaciones? Me pica el pájaro pillo. ¿De nuevo en mis lares? (“¿Cómo se llega a los poetas?” “Vienen a ti, no te preocupes, basta con un corazón receptivo”, susurra una vocecita recóndita.)

- ¿Y eso qué es? –boba de mí, lo que se sabe no se pregunta.
- Yo qué sé –contesta mi anciana madre.
- ¿Dónde lo encontraste?
- Tirado por ahí. Parece que a los que vivieron antes aquí se les olvidó o quién sabe si nos lo dejaron como regalo. La niña y yo llevamos horas divirtiéndonos con estas disparaterías.

La casa se colma de atolondramientos. Los muebles se acomodan a su vuelta y manera sin tener en cuenta modas ni estilos. Los cacharros surcan los rincones. El traperío vuela por el techo. Los otrora pecados, hoy privilegios, convierten en revoltosos ángeles a los agazapados diablillos, no, mejor dicho, no hay conversión, hay simbiosis: ángeles diabólicos, diablillos angelicales; mestizaje de vicio y virtud; olla podrida de insumisión y humildad. Juntos ángeles lenguaraces con diablillos cantarines resucitan la locura juvenil, renuevan lo indócil, hacen circular desahogadas y recíprocas las energías creadoras.

— ¿Quién aquél? —pregunté en el barrio un día.

Guasones, responden —más clamorosos que las trompetas del Juicio Final— todos los orejipeludos sipilipitriivos del mundo, desternillados de risa, dando sin cesar vuelta a la noria. Zorrear —mandroque, mandroque, diablo palitroque—; mosquicojonean —verijo, verijo, diablo garavijo—; pajarean —virojo, virojo, diablo trampantojo—; peditrompetean —predica, predica, diablo pilindrica—. Me invitan a su frenesí. Me incorporo a la fiesta. Otra vuelta a la noria. Alzo la espada de acero, bebo en taza de oro, me embriago de ángeles, me enamoro de diablillos. Cantamos y bailamos, olemos y tocamos, reímos y lloramos, amamos y odiamos, comemos y fornicamos a corazón abierto, aprovechando la vida rebosante de errores, trampas, hambres, saciedades, subversiones, plenitudes, totalmente libres e invictos.



Marta María Pérez Bravo. (1995). *En ninguna cabeza cabe el mar.*